

Bajo el signo del Grial, un mito de redención,
meditaciones sobre arte, sensorialidad y psicoanálisis
About the Mystery of the Grail, a Myth of Redemption
Meditations on Art, Sensoriality and Psychoanalysis

Francisco Aranda Espinosa ^a

Abstract:

The myth of the Holy Grail has been normally associated to research, to spirituality, to salvation; in a single word: to redemption. What we propose to do, through these pages, is, although in a somewhat vertiginous way, to seek its origins, some aspects of the symbolic hermeneutics that have emerged from the speculation on this subject, to summarize two of its literary versions and an operative one, and to skirt its phenomenal essence from a psychoanalytical reading. And, in the search for the myth of the Grail, it is likely that we will find *our own Grail*.

Keywords:

Myth, redemption, art, sacred, mystery, research, psychoanalysis.

Resumen:

El mito del Santo Grial se ha asociado, normalmente, a la búsqueda, a la espiritualidad, a la salvación; en una palabra: a la redención. Lo que no podemos, sin embargo, afirmar desde ahora es que se trate de una redención física o espiritual ¿O ambas? Lo que aquí nos proponemos hacer es, aunque de un modo un tanto vertiginoso, buscar sus orígenes, algunos aspectos de la hermenéutica simbólica que ha surgido a partir de la especulación del tema, resumir dos de sus versiones literarias y una operativa, y bordear su esencia fenoménica desde una lectura de corte psicoanalítico. Y, en la *búsqueda del mito del Grial* es probable que demos con *nuestro Grial*.

Palabras Clave:

Mito, redención, arte, Sagrado, misterio, búsqueda, psicoanálisis.

Introducción: el Grial y sus orígenes, la metafísica del mito

El del Santo Grial es un mito que normalmente se ha asociado a la búsqueda, a la espiritualidad y a la salvación; en una palabra: a la *redención*. Lo que no podemos afirmar desde ahora es que se trate de una redención terrena o ultraterrena. Cabe aquí preguntarnos si esto ocurriría en éste o *en otro mundo* y si dicha redención sea física o espiritual, o incluso ambas. De momento, no podemos, *a priori*, siquiera aseverar que se trate exclusivamente de un mito *religioso*. Y, como iniciamos diciendo que el Grial se relaciona con la *búsqueda*, lo que aquí nos proponemos hacer es, aunque

de un modo un tanto vertiginoso, rastrear sus orígenes, investigar algunos aspectos de la hermenéutica simbólica que ha surgido a partir de la especulación de la cuestión, resumir dos de sus versiones literarias, y una operativa, y bordear su esencia fenoménica desde una lectura de corte psicoanalítico. Y, en la búsqueda del mito del Grial es probable que demos con *nuestro propio Grial*.

Decimos que el Grial es un mito porque, desde su surgimiento hasta lo que hoy en día representa, supone una forma—literaria, poética o filosófica—de dar sentido, valor y (re) significación al mundo. El Grial es, incluso fuera de las posiciones académicas, una expresión popular que designa ciertas acciones o cosas: todos, en

^a Autor de correspondencia, Francisco Aranda Espinosa, Profesor Investigador de Tiempo Completo, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, <https://orcid.org/0000-0002-2582-4431>, Email: francisco_aranda@uaeh.edu.mx

Fecha de recepción: 04/09/2023, Fecha de aceptación: 20/11/2023, Fecha de publicación: 05/01/2024

algún momento, hemos iniciado (o al menos deseado iniciar) un período de exploración, deambulación y aventuras en busca de *nuestro propio* Grial. <Voy en busca del Grial> Muchas veces hemos caído en la atractiva necesidad de materializarlo: encontrar el Grial en un lugar *físico*. ¿Y qué es el Grial *de verdad*? Quizá nunca lo sabremos. Quizá lo buscamos porque, en realidad, ya sabemos la respuesta y sólo queremos comprobar su existencia. ¿O es que, en nuestra obstinada actitud de preguntarlo todo, nos hemos olvidado de callar para obtener la respuesta? ¿Es que esta respuesta—de haberla—hablará o nos dirá *algo*? ¿El Grial es una incógnita enigmática que se debe, forzosamente, despejar?

Partiremos de su raíz etimológica, que procede del latín *gradalis* y significa escudilla. Se ha pensado que el origen de la palabra tiene relación con *cratale*, que es la conjunción de dos vocablos: *crater*: vaso y *gradale*: plato hondo o recipiente que lo contendría. Alrededor de 1220, el fraile Hélinand de Froidmont desarrolla su explicación de esta manera:

[...] *Gradalis* o *gradale* se utiliza en francés para referirse a una escudilla grande, bastante honda, donde se presentan a los ricos manjares preciosos en su jugo *gradatim* (gradualmente), un manjar detrás de otro, en un orden variable. Y, en lengua vulgar, recibe el nombre de *graal* porque la comida que se porta es *grata* (recibida con agrado) y agradable, bien por el continente, que puede ser de plata u otro material precioso, bien por el contenido, porque en él se portan abundantes manjares delicados (Cfr. Zink, p. 92).

Por otro lado, tenemos al poeta épico alemán, Wolfram von Eschenbach (1170–1220), quien readapta la versión original de *El cuento del Grial*, de Chrétien de Troyes (que más adelante será retomada por Wagner). Refiere que el Santo Grial es una esmeralda o escollo traído a la Tierra y custodiada por una cofradía que en aquél entonces se conocía como *Guardianes del Grial* (Vid. Troyes, 2018; Eschenbach, 2017). En cualquiera de los casos particulares desde donde se decida estudiar los orígenes del mito, se hallará una referencia concisa de lo salvífico, a saber: “(...) el poder [del Grial es el] de dispensar la salvación: salvación física y salvación espiritual” (Zink, 2002, p. 79). Nos damos cuenta ahora que intentar comprender su enigma equivale, por igual, a una introspección de *lo desconocido*, dentro y en nosotros mismos: “Tratar de comprenderlo no supone buscar el Grial, sino una verdad de nosotros mismos que expresa esta literatura del Grial, una verdad y un disfrute de orden literario” (Zink, 2002, p. 83). El Grial es, por lo tanto, sólo una palabra, si se quiere: *una frase*, una idea, una

abstracción que, no obstante, permite la elaboración introspectiva de un mundo único e individual: el Grial es una forma de asumir la pregunta—y revelación—*poética* de lo desconocido.

En el cristianismo, y, sobre todo, gracias al poema medieval titulado *José de Arimatea o Historia del Grial*, de Robert de Boron, sabemos que el Grial aparece materializado en el santo Cáliz: aquél en el cual Cristo bebió en la Última Cena, la santa Copa con la que dijo: <Tomad y bebed todos de él, que esta es mi Sangre>; este mismo objeto fue el receptáculo donde José de Arimatea recogió la Sangre del Crucificado. Para la tradición judía (previa, por supuesto, al desarrollo del cristianismo), el Grial era una gema que se había separado y desintegrado de la frente del Luzbel, en su descenso a las tinieblas. Es también reconocido, desde la práctica alquímica, como una especie de *elixir de la vida*: conexión entre la vida y la muerte, dadas sus cualidades de fecundación y renacimiento (Vid. Gardiner, 2006). El Grial es, para el antropólogo Gilbert Durand, una *maternidad mistificada* y simbolizada (Cfr. Durand, 1999).

Pese a las diferentes interpretaciones por las que hemos transitado, no debemos perder de vista que el Grial es un mito puramente fantástico y literario—muy probablemente, el más profundo de todos—, pues “(...) sólo puede aprehenderse a través de un relato o de varios relatos: a través de la forma de esos relatos, en la revelación oscura de lo poético (...)” (Zink, 2002, p. 81).

El arquetipo del Grial: entre lo sagrado, la hermenéutica simbólica y el psicoanálisis

Para el destacado antropólogo, mitólogo e iconólogo francés, Gilbert Durand, no es primordial comprender *le Saint Graal* como objeto, aún menos, como lugar. Lo que al pensador francés le interesa remarcar es que, desde la exégesis psicoanalítica, el Grial prefigura una cavidad: lo propiamente *vacío*. Entendámoslo: no es, por tanto, aquello que se ha retirado de un espacio, ni lo que se ha colmado *a posteriori*, sino, más bien, lo que *no puede*, realmente, *llenarse*: un vacío que representa, a través de su propia constitución, aquello (tácito) que debe (rá) contener (se). Tampoco es un hueco que deberá ser ocupado por un objeto físico o corpóreo, más bien, por una emoción inmaterial. Si se le busca, no se le hallará *nunca*, pues, si se le hallara es porque acaso se cesó de buscarle: la pregunta finalmente cede a la atención (o escucha) de *lo otro* (Vid. Weil, 2022). El misterio del Grial es una manifestación (callada) en clave musical: ahí donde el oyente comprende, finalmente, que el entender es realmente, un *entendre*: literalmente, *escuchar*. Y, para escuchar, no sólo se debe callar, sino que se debe *dejar de preguntar*. Lo real de las cosas sólo puede

* *Joseph d'Arimatea* o *Histoire du Graal* es el título original del poema de Robert de Boron, ca. 1200.

experimentarse a partir de la atención que se le preste. Esta *atención* a la escucha deviene en una virtud esencial, opuesta, en su totalidad, al deseo individualista. Si se quiere, pero no se calla, entonces se pierde; si pone atención, se aprehende *el todo*.

El Grial, como todo lo real, *juega* con el tiempo: está escindido entre el tiempo cronológico (de la vida cotidiana), y el *acronológico* (de la poesía, del arte, de lo sacro). Es, aún, mejor dicho: *meta*-cronológico, o incluso *meta*-temporal, pues, en el fondo, tiene (oculto) su propio tiempo. Implica, fielmente, un espacio donde no hay nada. Nada *en particular*. Empero, ahí *todo cabe*. En jerga blanchotiana: el Grial simboliza *lo neutro*, sustantivo *sin* materia y sustancia. En las propias palabras de Maurice Blanchot (2001) “(...) [es un espacio] del ser que se afirma sustrayéndose, que aparece desapareciendo, del ser que no es nunca un ser ni una pura ausencia de ser, y ni tampoco siquiera del ser que no sería ni esto ni aquello, es decir, neutro, sino la neutralidad del ser o la neutralidad como ser” (pp. 85–86).

Durand constriñe el arcano del Grial a un símbolo de intimidad contenido en una especie de continente *místico* porque permanece *siempre silente*, pero, a la vez, demuestra (implícitamente) una suerte de desbordamiento expresivo condicionado por estructuras imaginarias e inconscientes que han sido provistas con energía de la madre primigenia. Durand añade, posteriormente, que no es sólo *un plato, un vaso, o una copa* inagotable, sino también una realidad regeneradora de la vida. Es por ello que lo define como un medio en el que el contenido se vierte, y viceversa, “[...] a medio camino entre las imágenes del vientre digestivo o sexual y las del líquido nutritivo, del elixir de la vida y de la juventud [...] porque en el juego promiscuo del sentido pasivo y del sentido activo, el interés arquetípico se desliza paulatinamente del continente para el contenido [...]” (Durand, 1984, p. 293).

Sabemos, por lógica, que un enigma está destinado a despejarse: a descifrarse, a explicarse. Y si el Grial es un enigma entonces nos vemos en la forzosa e incómoda tarea de traducirlo o trasladarlo a la cárcel (invisible) de lo léxico. Ahora bien, si estamos de acuerdo con Blanchot en que, al ser enigmático se debe preservar su fundamento *neutro*, entonces es preciso dejar de *preguntar* por él, para que, de esta forma, y si estamos con algo de suerte, irrumpa intempestivamente en nuestras vidas. *Lo sagrado* (o experiencia humana de lo neutro, de lo real) será una averiguación *en vano* pues no *sirve*, no *funciona*: no tributa, afortunadamente, al limitado logos. El Grial excede el intelecto lingüístico: es *meta*-experimental. La experiencia de los misterios del Grial es absolutamente intransferible, como *gratuita*. “[...] El Grial es el hueco trascendente que considera el tiempo; escondite de la fe y del Aún, de la esperanza de lo breve, del amor del

siempre, él es el único que es rellenado por la obra de la vida (...)” (Durand, 1989, p. 36).

A pesar de las consideraciones en las que hasta este momento hemos circulado, no hay—no habrá—forma alguna de *nombrar al Grial* sin que a la mente se nos venga la idea de indagación, búsqueda o desplazamiento; y esa *búsqueda, indagación y desplazamiento* constituiría un objeto—acción exterior al yo, pero también estará *dentro* de uno mismo, pues no simboliza solamente la cúspide de una idealización de lo humano, sino también el paradigma de toda la potencia mítica: *lo exterior*, arquetipo espiritual y religioso más elevado ypreciado, debido a que es, esencialmente, un contenedor (etéreo e imperceptible) de la exterioridad *meta*-cronológica: “(...) quien dice Grial también dice búsqueda (...) Desplazarse es el modo de dirigirse hacia el Grial” (Zink, 2002, p. 79, 80).

Si el del Grial es un arquetipo del vacío, entonces será idóneo para *re-ligar*, lo que significa, concretamente: *hacer religión*: contactar con el (y lo) otro. Este contacto enlazará al humano con lo radicalmente *no*-humano; a saber: con la divinidad, o mejor: con la *realización de la otredad*, “(...) la religación del ser humano con un fundamental que puede ser una determinada divinidad o cualquier otra realidad (...)” (Terán, 2013, p. 1). Y para que ese vínculo entre el humano y lo no-humano sea efectivo deberá mantenerse, siempre, una oquedad. Como es usual en algunas de las meditaciones heideggerianas, y propiamente en las derivadas de su conferencia sobre *La Cosa*, le hemos dado la vuelta completa al círculo de nuestra propia reflexión, hasta aquí formulada (Vid. Heidegger, 1994). Volvamos pues al punto que nos interesa: ¿este vacío *circular* no supone, acaso, un espacio al que el hombre siempre ha tenido la urgencia de llenar *con algo*? ¿Ese *algo* puede ser Dios o *uno de los dioses*? ¿O, más bien, podría ser el lugar en donde se vaciará la obsesiva necesidad humana de *religarse*, para entonces, propiamente, *llenarlo*? Según la perspectiva psicoanalítica que hemos seguido, ese espacio *neutro y sin nada* es el que ocupan las religiones.

El Grial es una manifestación (exasperante) de la *dialéctica negativa* porque, de algún modo, *nos pertenece* al estar *dentro* de nosotros: reafirma, desde la abstracción psicológica, nuestra esencia más prístina; sin embargo, aunque cognitivamente comprendamos bien esto, lo buscaremos siempre *en otra parte*, y se nos escapará de las manos cuando tratemos de atraparlo: “(...) pensamos en la búsqueda, pensamos en una desaparición de uno mismo y el Grial aparece como una especie de concreción vaga, una iluminación de uno mismo y del mundo que, de manera oscura, emana del objeto que es” (Zink, 2002, p. 80). El mecanismo del Grial es como el embrollo en el que Hegel nos ha metido, a partir de su propuesta dialéctica: está *dentro*, pero se le busca *fuera*, es, y a la vez *no es*, *existe*, pero no es *nada*, y ahí, en la nada, lo es *todo*.

Gracias a este *modo-de-ser* del arquetipo del Grial es que se podrá asimilar, también, la función del alma, que, por lo tanto, condiciona nuestra actitud cuestionadora “[...] que, por la producción de símbolos unificados, provoca la síntesis del consciente y del inconsciente y, de ese modo, permite el paso a la conciencia de la totalidad interior, el Sí-Mismo” (Jung; France, 1988, p. 122).

Resumimos ahora lo expuesto hasta aquí: el fenómeno del Grial figura todo un recorrido mental y espiritual en dirección a lo que el psiquiatra y psicólogo suizo, Carl Gustav Jung, denomina como arquetipo del Sí-Mismo: examinación más minuciosa de *lo sagrado interno*, o, dicho de otra manera: el esfuerzo humano del movimiento hacia *lo real*, pero *en* el propio cuerpo. Formulando lo anterior con otras palabras: la demanda—o cuestionamiento—del (o hacia *el*) Grial (o, en general, de *lo sacro*) puede determinarse como la *representación simbólica del proceso de individuación* junguiano, aserción en la que el mismo Grial expresa sólo una de las docenas de manifestaciones del Sí-Mismo (Vid. Goldbrunner, 1961).

El Grial en el arte musical: el mito de Perceval o Redención al Redentor

Chrétien de Troyes fue uno de los iniciadores del llamado *Ciclo Artúrico*, o acervo de relatos que giran alrededor de la búsqueda del Grial, y la figura de Arturo de Bretaña y los Caballeros de la Mesa Redonda, que daría lugar al nacimiento de la leyenda, y luego del mito, de un “rey de los bretones” que une al pueblo de Inglaterra bajo su gobierno y por medio de la fe cristiana (Vid. Troyes, 2018; Eschenbach, 2017). La historia nos confirma que Arturo no fue un rey pleno—medieval, como la literatura hizo de él, sino un comandante militar de las tropas de diferentes régulos regionales, o quizá un jefe de mercenarios al servicio de distintos señores, que dirigió una tropa de caballería, encabezando la resistencia de los románico—britanos cristianos contra los invasores paganos anglosajones^{*}. Es hacia 1180 cuando Chrétien finaliza sus escritos de temática artúrica. Estas narraciones giran alrededor del adulterio de Ginebra y sus amores con Lancelot, los lances de Sir Gawain, sobrino del rey Arturo, y, sobre todo, Perceval y la búsqueda del Santo Grial. Su novela en verso *Perceval ou le Conte du Graal* (*Perceval o el Cuento del Grial*) relata las aventuras del joven Perceval, iniciando con su encuentro con unos caballeros en el bosque en el que vive con su madre, su entrada (desconcertante) a la corte de Arturo, la victoria obtenida contra el Caballero Rojo y el arribo al castillo de Gornemann de Gorhaut, quien lo arma caballero. Más adelante, el texto refiere cómo Perceval defiende la

fortaleza de Belrepayre, donde conoce a la joven Blancaflor, tras lo cual se dirige a la sede del Grial, morada de Anfortas, *le roi Pêcheur*[†], como Julien Gracq le denomina. El cuento del de Troyes finaliza con la narración de las andanzas de Perceval junto al caballero Gawain, y el encuentro con un ermitaño que le revela ciertos misterios de su vida. Esta obra de más de nueve mil versos quedó inconclusa por la muerte del autor, pero fue un significativo precedente para textos posteriores de tema similar.

En *Parsifal*, la última ópera, o, mejor dicho, *bühnenweihfestspiel*: festival musical sacro, de Richard Wagner, y adaptación llevada por el compositor al *musikdrama* a partir del cuento de Chrétien y los ajustes que realizó, más adelante, von Eschenbach, el Grial es dicotómico pues reproduce, tanto el Santo Cáliz donde se vertió la sangre de Jesucristo después de su muerte, como la santa Lanza, que atravesó después, su cuerpo inerte. Desde una lectura de las creencias celtas, el Grial parece íntimamente ligado a las aguas, la purificación y el renacer porque cura al Rey Anfortas de su profunda herida, causada por el maldito Klingsor, propiciando así las acciones decisivas para el renacimiento del Reino de los Caballeros del Grial. *Parsifal* es una obra que, como el beso apasionado de Kundry y el protagonista, en el segundo acto de la partitura wagneriana, nos seduce y encanta, implicándonos de manera profunda en las aventuras del *tonto inocente*, en la persecución del Santo Grial, para, por último, redimir a Anfortas y a los Caballeros y coronarse como Rey absoluto del Grial. El coro canta, al final de la ópera: *¡Redención al Redentor!*

Conclusión

Esta *cacería* del Grial—y la propia redención—ilustra a la perfección el arquetipo del que hemos comentado anteriormente, protagonista omnipresente en numerosas novelas, epopeyas y filmes: desde (la pesquisa de) la espada mágica del Rey Arturo, el anillo mágico del Señor de Mordor, el elixir de amor de la reina Isolda (en la ópera de Gaetano Donizetti, o en el *Tristán e Isolda* de Wagner), hasta las peripecias de Harry y Hermione en pos de la piedra filosofal del alquimista, en la famosísima saga de J. K. Rowling. El aparato ideológico que circunda la cualidad natural del objeto sacro es, por lo tanto, *premura de redención*: talante hondo de purificación de la culpa, “(...) enigma familiar en torno al nombre, en torno al padre y en torno al nombre del padre” (Zink, 2002, p. 95), expiación de los pecados, penitencia, y, a la postre, descanso pleno del alma: un encontrarse, y comprenderse a sí mismo

^{*} Las principales fuentes históricas escritas sobre Arturo de Bretaña son: De excidio et conquestu Britanniae, de San Gildas (s. VI), la Historia Brittonum del monje galés Nennius (s. IX) y la Crónica Anglosajona (s. IX).

[†] En español, Anfortas es conocido como el Rey Pescador.

que *cura* (o redime) a todos los otros. ¿Acaso no todos hemos perseguido, en algún momento de la vida, nuestros *santos griales*, para, de una vez por todas, redimirnos a nosotros mismos de la propia redención, y curarnos de aquello que amenaza siempre con salvarnos?

Referencias

- [1] Blanchot, M. (2001). *Lo extraño y lo extranjero*, Archipiélago, número 49, Ciudad de México.
- [2] Durand, G. (1984). *Les Structures Anthropologiques de L'Imaginaire, Introduction à l'archétypologie général*, trad. Alberto Filipe Araujo y José Augusto Ribeiro, Dunod, París.
- [3] _____ (1989). *Beaux-Arts et Archétypes: La religion de l'art*, trad. Alberto Filipe Araujo y José Augusto Ribeiro, PUF, París.
- [4] _____ (1999). *Ciencia del hombre y tradición: el nuevo espíritu antropológico*, Paidós Ibérica, Barcelona.
- [5] Gardiner, P. (2006). *El Grial y la Serpiente: la verdad sobre el Santo Grial, la Piedra Filosofal y el elixir de la vida*, Zenith, Barcelona.
- [6] Goldbrunner, J. (1961). *Individuação. A Psicologia de Profundidade de Carlos Gustavo Jung*, trad. Alberto Filipe Araujo y José Augusto Ribeiro, São Paulo.
- [7] Heidegger, M. (1994). *La Cosa*, en *Conferencias y artículos*, trad. Eustaquio Barjau, Serbal, Barcelona.
- [8] Jung, E.; Franz, M.-L. (1988). *La Légende du Graal*, trad. Alberto Filipe Araujo y José Augusto Ribeiro, Albin Michel, París.
- [9] Terán, N. M. (2013, julio–diciembre). *Función de la religión en la vida de las personas según la psicología de la religión. Theologica Javeriana*, vol. 63, no. 176, Bogotá. Recuperado de: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-36492013000200006.
- [10] de Troyes, C. (2018). *El Cuento del Grial*, trad. Carlos Alvar, Alianza Editorial, Madrid.
- [11] von Eschenbach, W. (2017). *Parzival*, trad. Antonio Regales, Siruela, Madrid.
- [12] Weil, S. (2022). *La agonía de una civilización y otros escritos de Marsella*, Trotta, Madrid.